

## **El cosmopolitismo de las literaturas periféricas**

**María Teresa Gramuglio \***

1) El tema de mi exposición es un aspecto puntual de la relación de la literatura argentina con las literaturas extranjeras. Remite a la problemática más amplia de las interrelaciones literarias. Se inscribe así en el ámbito de las literaturas comparadas, y debe hacerse cargo de las crisis y reformulaciones actuales de esta disciplina. Por esa razón, requiere hoy prestar atención al debate que se ha instalado en torno a las nuevas propuestas sobre “literatura mundial”, en el que ingresan perspectivas críticas diversas, desde los estudios culturales y poscoloniales hasta las discusiones puntuales sobre las nociones de centros y periferias, dominaciones lingüísticas y culturales, procesos de modernización, mediadores y mediaciones culturales, estrategias de mercado, además de las más específicamente literarias sobre lenguas, traducción, circulación de géneros, estilos y tópicos, valor estético y construcción de cánones, a lo que se agregan ahora las reflexiones sobre el proceso de globalización en curso.

Me voy a referir primero a dos publicaciones relativamente recientes que despliegan con bastante amplitud los términos en que se plantea hoy el debate sobre la literatura mundial. A partir de esa introducción, formularé algunas reflexiones acerca del tema anunciado en el título, el cosmopolitismo de las literaturas periféricas.

2) Las publicaciones a que me refiero son dos compilaciones: *Debating World Literature*, editada por Christopher Prendergast y *América Latina en la literatura mundial*, compilada por Ignacio Sánchez Prado. Esta última, como su título indica, refiere específicamente el debate al ámbito latinoamericano. No es posible desarrollar aquí una exposición detallada de los contenidos y menos aún una discusión de tantos y tan variados argumentos como los que se despliegan en sus páginas. Si algo tienen en común, es la relevancia que otorgan a dos críticos que han introducido el tema de la literatura mundial con intervenciones creativas y muy polémicas: Pascale Casanova, con su conocido libro *La República Mundial de las Letras* y Franco Moretti, con su ensayo “Conjectures on World Literature”, que fue seguido por “More conjectures...” y otros trabajos conexos. Las posturas de Casanova y de Moretti son analizadas y discutidas en detalle por Sánchez Prado y por Prendergast en los capítulos iniciales de sus respectivas compilaciones, y casi todas las intervenciones vuelven sobre ellas para discutir las. Pero aquí terminan las semejanzas, y a partir de ellas es interesante comparar algunas diferencias significativas entre ambos conjuntos.

El volumen inglés reúne trabajos producidos por estudiosos de universidades europeas, algunos de los cuales fueron publicados inicialmente en *New Left Review* y otras revistas académicas. En la Introducción, Prendergast señala que el libro de Casanova sacó el tema de los estrictos límites del espacio académico y fue el catalizador que dio origen a la compilación. Aunque según los datos que conocemos Casanova es doctora en letras y crítica literaria, Prendergast (2004: 8) subraya su condición de “periodista”. En el ensayo con que abre la

compilación destaca que no es erudita ni especialista, e incluso parece atribuir su debilidad conceptual a los malos hábitos académicos franceses (11,n). El volumen no incluye ninguno de sus trabajos, mientras que sí lo hace con el más representativo de Moretti sobre el tema. No es de extrañar entonces que buena parte de los puntos que Casanova toca, a veces con bastante ligereza o de segunda mano en su desordenado libro, sean revisados desde perspectivas más rigurosas. En primer lugar, el concepto mismo de literatura mundial, que es indagado desde las primeras formulaciones fragmentarias y poco sistemáticas de Goethe, con las diversas interpretaciones a que ha dado origen, hasta su reformulación en críticos de la talla de Georg Brandes y Eric Auerbach, pasando por las contribuciones político-filosóficas de Kant. Otros temas abordados en este volumen son la traducción, los géneros literarios, la oralidad, Kafka y las literaturas “menores” o “pequeñas”, el orientalismo, la poesía inglesa, la novela india. Uno de los trabajos más interesantes destaca la vocación cosmopolita y “mundializante” del comparatismo a partir de la experiencia de Leo Spitzer en la universidad de Estambul, donde inició una escuela de filología con profesores turcos en los años en que, como Auerbach y otros filólogos europeos, había recalado en Turquía a causa del avance del nazismo en Alemania. El área de las literaturas escritas en lengua española está representada por un artículo de Benedict Anderson sobre literatura filipina y uno de Elisa Sampson Vera Tudela, de la Universidad de Londres, sobre Ricardo Palma. Nada hay sobre literatura española, y tan escasa es la presencia de lo latinoamericano que las referencias a la poesía caribeña quedan subsumidas en un estudio sobre la poesía inglesa. Con esta somera descripción es dable inferir la escasa atención prestada a un área tan vasta y dinámica como

la de las literaturas del mundo hispanohablante, o la dificultad de integrarla en una concepción tan sesgada de lo “mundial”.

No es necesario que me extienda demasiado sobre *América Latina en la literatura mundial* que seguramente muchos de los especialistas en literatura latinoamericana aquí reunidos ya conocen. Conocemos también la reseña de Gonzalo Oyola en la revista *Katatay*. La Introducción de Sánchez Prado es un muy informado recorrido crítico del concepto de literatura mundial y de sus inflexiones en las obras de Casanova y de Moretti, seguido de un señalamiento de sus falencias para abordar la situación de la literatura latinoamericana desde la perspectiva mundial. Este último punto es recurrente en la casi totalidad de las intervenciones y se revela, en consecuencia, como lo más sustancial y polémico del volumen. Pero es aquí, a mi juicio, donde la Introducción presenta algunas aristas contradictorias, que se hacen patentes en las consideraciones referidas a la inserción internacional de la obra de Jorge Luis Borges. No parece acertado, aun apoyándose en las notables lecturas de Sarlo y de Molloy, señalar la fuerza disruptiva de las literaturas periféricas como única causa explicativa de la consagración de Borges en la escena internacional, omitiendo la larga serie de mediaciones por las que fue penetrando en ese espacio. Sorprende además que como prueba de esa consagración se acuda al multicitado pasaje de Foucault en el comienzo de *Las palabras y las cosas*: porque eso es lo que suelen hacer los críticos europeos, con lo que involuntariamente se terminaría confirmando que la consagración internacional se prueba más por el espaldarazo de un intelectual-faro del centro que por los méritos intrínsecos de la obra de la periferia.

El volumen incluye trabajos de los dos críticos que generan las discusiones, Casanova y Moretti. Participan luego reconocidos especialistas en literatura latinoamericana, la mayoría de origen latinoamericano, muchos de ellos radicados en universidades estadounidenses: entre otros, Jean Franco, Hernán Vidal, Hugo Achúgar, Graciela Montaldo, Mabel Moraña, quienes escriben, por decirlo con una expresión célebre, desde “las entrañas del monstruo”. De ahí que, dentro de la variedad y riqueza de las intervenciones, que incluso intentan en unos pocos casos explorar lo que las propuestas de Casanova y de Moretti permitirían abordar con nuevas perspectivas, se perciba en el conjunto una cierta crispación ante todo lo que en las posiciones de ambos críticos se considera “eurocéntrico” o “euronorteamericano”. Y junto a ese malestar, paradójicamente, la tendencia a suscribir las pautas de las corrientes críticas dominantes generadas en el medio académico norteamericano, que predicán una condena a menudo poco matizada de los supuestos básicos de la modernidad occidental. Así, para mencionar a una figura relevante con la que se cierra el volumen, Moraña encuentra que las operaciones de Casanova y de Moretti seguirían aferradas “a las bases de la historiografía moderna liberal” y reafirmando los valores de los lugares centrales desde los que se piensa lo mundial. Las formas culturales latinoamericanas, a su juicio, “no requieren de un altar consagratorio ni necesitan medir la distancia que las separa de los paradigmas europeos”. (333) Esta orgullosa afirmación de autosuficiencia es, como bien sabemos, exactamente lo contrario de lo que han sostenido por lo general los mejores escritores y críticos literarios de América Latina.

3) En el marco de esas controversias, la pregunta que quiero formular hoy es muy simple: ¿es posible interrogar de un modo nuevo algunos viejos problemas y polémicas de la literatura argentina? Creo que para responderla vale la pena explorar las perspectivas que se desarrollan en la teoría y la crítica literaria contemporáneas en relación con el cuestionamiento de los límites nacionales para el estudio de las literaturas. Entre ellas las que retoman la idea de literatura mundial. Mi hipótesis, como he sugerido en trabajos anteriores, sostiene la necesidad de considerar las literaturas nacionales en el interior de sistemas o “redes” transnacionales, cuya construcción pone en juego las competencias disciplinarias y las tomas de posición ideológicas y estéticas del crítico. A partir de esa hipótesis se podrían abordar muchas de las cuestiones que atraviesan el debate que acabo de indicar tan someramente. Aquí me voy a ocupar solo de una de las que considero centrales en la formación y el desarrollo de la literatura argentina: las tensiones entre cosmopolitismo y nacionalismo. Me permitiré introducirla con una cita:

La situación más irónica es que yo he nacido en Hungría. A pesar de todo, puedo convertirlo en mi ventaja y probar mi fuerza. Mi nacimiento me salva de todos los grilletos, de la infección nacional y de las raíces profundas. [...] Mi tradición es toda la tradición europea y mi educación es la europea. (Kadarkay, 1994: 143)

La cita pertenece al diario de un escritor húngaro, Lajos Fülep. Fue escrita en 1907. La he recuperado deliberadamente porque, en primer lugar, siempre me pareció significativa su semejanza con la conocida proposición de Borges en “El escritor argentino y la tradición”, en cuya argumentación “Europa” crece hasta ser toda la “cultura occidental” y aun el “uni-

verso”. Luego, porque nos acerca a la cuestión del cosmopolitismo de las literaturas periféricas de un modo menos previsible que el habitual en los estudios elaborados desde el ámbito argentino y tal vez del latinoamericano: nos advierte que la cuestión no se plantea solamente en nuestros países, sino también en la misma Europa. También en Europa hay centros y periferias, también en Europa las literaturas menos poderosas por su menor “capital” literario y lingüístico nacional, como la húngara, pueden considerar legítima la apropiación de un patrimonio que las contiene y a la vez las excede: la cultura europea u occidental a la que pertenecen por pleno derecho, sea cual sea la configuración de ese “occidente” que dista de ser un mundo homogéneo y cuya formación, sin duda, se asienta en una larga historia de intercambios, anexiones, rapiñas, desigualdades, dominaciones políticas, culturales o económicas y violencias de todo tipo. Agregó: a pesar de todo, a pesar de toda esa violencia, a pesar de todas las diferencias, complejidades e hibridaciones que nos caracterizan, esa es también nuestra tradición.

En tercer lugar, tomo la cita porque me parece adecuada para ilustrar la necesidad metodológica de pensar relaciones por fuera o más allá del ensimismamiento en lo nacional. Si abrimos una problemática local hacia ese espacio más vasto que hoy oscila entre denominaciones como “literatura mundial” y “república mundial de las letras”, es posible que podamos renovar la visión del viejo problema del cosmopolitismo sin demasiado escándalo por el supuesto abandono de la causa de la literatura nacional y sin sentirnos absolutamente determinados por nuestra situación dominada, poscolonial, subalterna, o como se la quiera llamar. En otras palabras: se trataría de leer

lo local “en contrapunto”, como quería Edward Said, o “en redes” con lo mundial. La propuesta que acabo de hacer requeriría muchas precisiones. Formulo dos de ellas. La primera: tanto las “redes” como los “contrapuntos” son constructos. Como tales, deben resultar plausibles, sustentables. Siempre llevarán las marcas de las posiciones del crítico, siempre serán discutibles, pero nunca arbitrarios. La segunda: como objeto de estudio, la literatura “mundial” no es, no puede ser, la inabarcable e inagotable suma de todas las literaturas, sino un horizonte virtual en el que el trabajo del crítico traza coordenadas que lo delimitan. .

Ambas premisas hacen necesarios los más rigurosos controles teóricos y metodológicos. No me parece que se haya alcanzado, o al menos yo no los encuentro, un objeto, un marco conceptual y una metodología de trabajo satisfactorios para el estudio de la “literatura mundial”. En ese sentido, comparte las señaladas falencias que ponen una y otra vez en crisis al comparatismo. Por el momento, encuentro que se perfilan dos direcciones cuyo potencial habrá que explorar: una, el estudio del funcionamiento de las relaciones de poder literario, esto es, de la forma como operan en la práctica el mercado y sus agentes, y del modo como circulan y se imponen modelos, géneros literarios, etc. Si se atiende a los estudios de Moretti sobre la novela, en esta dirección se trataría de practicar lo que él llama una *lectura distante* de los textos para construir conjuntos más formalizados: tales sus mapas, gráficos y cuadros. La otra dirección, el estudio de esas relaciones en términos más específicamente literarios, partiendo del trabajo crítico sobre los textos locales para proyectarlos luego sobre la red transnacional a fin de alcanzar una mejor comprensión. En esta

dirección se rescataría la práctica de la *close reading*, que requiere lecturas minuciosas del texto base en su lengua. A estas hipótesis quiero agregar una observación que retomaré al final: es cierto que las miradas del otro y hacia el otro contribuyen al mejor conocimiento de lo propio. Pero también aquí se revela la asimetría: los estudiosos europeos y norteamericanos suelen conocer poco los trabajos de sus colegas latinoamericanos e incluso incurren a veces en lecturas erróneas de procesos culturales y textos literarios locales. Me pregunto entonces si no serán los especialistas en literaturas periféricas, por lo común más abiertos al conocimiento de las literaturas extranjeras precisamente por su condición excéntrica, quienes estarían en mejores condiciones para practicar tales lecturas “en contrapunto”.

4) Teniendo en cuenta estas perspectivas, podemos repasar ahora el alcance de la expresión “cosmopolitismo”. Sería deseable disponer de un estudio riguroso de la semántica histórica del concepto, a la manera de los que hace Reinhart Koselleck. No sé si existe. Existen sí numerosos trabajos que retoman la noción, rastrean sus manifestaciones a lo largo de varios siglos, señalan sus relaciones con el nacionalismo, la sitúan en el contexto de la globalización, la someten a críticas desde posiciones atentas a los estudios culturales y poscoloniales, con el consiguiente interés en las culturas y literaturas subalternas, minoritarias, marginales y periféricas y en todos los problemas que plantea hoy el multiculturalismo en sociedades que se vuelven cada vez más complejas. En términos de un ideal, el cosmopolitismo significaría el “interés por lo universal y el respeto por las legítimas diferencias”, con la idea de que podemos a

la vez aprender de los diferentes e influir en ellos (Appiah, 2007: 15-17). En términos más estrictamente históricos, cabría referir el concepto a las grandes etapas de la cultura occidental, para advertir la creciente intensificación del interés y la necesidad del intercambio y el mejor conocimiento de los otros, indiscutiblemente ligados, a partir del siglo XVI, a las empresas de conquista y colonización y a la expansión comercial, hasta alcanzar hoy lo que se denomina “cosmopolitismo global” (William Mc Neill, en Prendergast, 2004: 5). La historia nos mostraría así la índole multiforme del cosmopolitismo; y en la modernidad europea, junto a la curiosidad ilustrada y a sus propuestas de paz y armonía universales, también el lado oscuro, el “corazón de tinieblas” del ideal cosmopolita.

Por el momento, me interesa recordar que, como se ha señalado en varias ocasiones, la tensión con el nacionalismo parecería inscrita en la composición misma del término, que reúne algo que remite al orden de lo local (la *polis*) y algo que remite al orden de lo universal (el *cosmos*). Si por un lado se trataría de pertenencia y fidelidad a un lugar determinado, por el otro se apuntaría a una totalidad universal. Como también se ha señalado reiteradamente, a fines del siglo XVIII, la intervención de Herder en el seno del ideal ilustrado produjo un giro fundamental que abonó esas tensiones y resultó decisivo para el romanticismo y la formación de las nuevas literaturas nacionales. La comprensión herderiana de la inconmensurabilidad y diversidad de las culturas, cada una de ellas valiosa en sus propios términos, en tanto arraigadas en comunidades configuradas en torno a una lengua y tradición originarias capaces de generar sentimientos de pertenencia, dio paso en el segundo romanticismo europeo, tal vez a pesar

del mismo Herder, a una búsqueda programática de lo nacional popular y a un rechazo del cosmopolitismo y de otras formas de universalismo propias de la tradición ilustrada.

Por alejado que parezca, creo necesario volver a explorar esa inflexión para captar las particulares condiciones en que incidieron estas teorías en la emergencia del romanticismo argentino, y en la difícil negociación entre las búsquedas programáticas de un suelo firme donde edificar la literatura nacional y las condiciones reales de contar con una lengua y una cultura de trasplante y con una tradición originaria dispersa o inexistente. Si las posiciones del nacionalismo literario post-herderiano se intensificaron en Europa a partir de las guerras napoleónicas, en la Argentina y en otros países de América Latina habría que tener en cuenta, siempre desde la perspectiva comparativa, la emergencia del romanticismo en relación con los movimientos de independencia y la formación de las repúblicas, pues esos procesos políticos implicaban una ruptura necesaria con los modelos españoles en la construcción de las literaturas nacionales, algo que no ocurrió de manera idéntica en las repúblicas americanas y que, en rigor, si pensamos en los nombres de Echeverría, de Gutiérrez y de Sarmiento, comenzó a ocurrir en la Argentina un poco más tarde.

También volviendo a Herder sería posible revisar la oposición, indisociable de la anterior, entre una literatura popular, considerada genuina y ligada a los valores de la nacionalidad, y las manifestaciones cultas, consideradas artificiosas y antinacionales. Los momentos más polémicos de esta doble tensión en la literatura argentina, después del romanticismo, son los del modernismo de entresiglos, el de las vanguardias en los años veinte, los del proyecto de la revista *Sur* y los ata-

ques que generó, el de la internacionalización de la narrativa del *boom*. En todos estos casos, la comparación con las literaturas de otros países latinoamericanos resultaría, además de indispensable, singularmente reveladora. Creo que algunos trabajos, como los de Susana Zanetti sobre el modernismo, los de Celina Manzoni y Gonzalo Aguilar sobre las vanguardias o el de Adriana Kanczepska sobre *Sur* y *Orígenes* brindan puntos de partida inmejorables para avanzar en esa dirección.

Para terminar, quiero volver sobre la noción de cosmopolitismo. En mi enfoque dejo de lado el sentido amplísimo que se le adjudica cuando se trata del contacto con culturas ajenas que es producto de exilios forzados o migraciones catastróficas de grandes grupos de población. No veo allí nada para celebrar. El cosmopolitismo al que me refiero es una cuestión concerniente a las que Carlos Altamirano llama elites intelectuales, o, en otras palabras, el “cosmopolitismo activo” de las minorías que buscan acrecentar la literatura nacional y ponerla en el mapa literario mundial. En una formulación reciente, Mariano Siskind lo vincula con el “deseo de modernidad” de los intelectuales latinoamericanos. Cuando lo adjudico deliberadamente a las literaturas periféricas, no es para impugnarlo como índice de sometimientos culturales ni para reivindicar la autosuficiencia con respecto a los paradigmas europeos. Por el contrario, me interesa recolocar en un horizonte más amplio las observaciones de Alfonso Reyes sobre el “cosmopolitismo connatural” de los intelectuales latinoamericanos.

## **BIBLIOGRAFÍA:**

- Appiah, Anthony (2007). *Cosmopolitismo. La ética en un mundo de extraños*. Buenos Aires: Katz. Traducción de Lilia Mosconi.
- Berlin, Isaiah (1995) “Herder y la Ilustración” en *Antología de ensayos*. Madrid: Espasa-Calpe. Edición de Joaquín Abellán.
- Casanova, Pascale (2001). *La República Mundial de las Letras*. Barcelona: Anagrama Traducción de Jaime Zulaika.
- Gramuglio, María Teresa (2004) “Literatura argentina y literaturas europeas. Aproximaciones a una relación problemática” en *CELEHIS Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, Mar del Plata, Año 13, N°16.
- Herder, J. G. (1960) [1774] *Filosofía de la historia para la educación de la humanidad*. Buenos Aires: Nova. Traducción de Elsa Tabernig.
- Kadarkay, Arpad (1994) *Georges Lukacs*. Valencia: Alfons el Magnanim. Traducción de Francesc Agües.
- Moretti, Moretti (2000) “Conjectures on World Literature” en *New Left Review*, N°1.
- (2003) “More conjectures on World Literature” en *News Left Review*, N° 20.
- (2005) *Graphs, Maps and Trees: Abstract Models for Literary History*. London and New York: Verso.
- Oyola, Gonzalo (2007), “América Latina en la literatura mundial” (reseña) en *Katatay* Año 3, N° 5.

Prendergast, Christopher (ed.) (2004). *Debating World Literature* London and New York: Verso.

Reyes, Alfonso (1936). “Notas sobre la inteligencia americana” en *Sur*, N° 24.

Said, Edward (1996). *Cultura e imperialismo*. Barcelona: Anagrama. Traducción de Nora Catelli.

Sánchez Prado, Ignacio (ed.) (2006). *América Latina en la literatura mundial*. Pittsburg: Biblioteca de América-III- Universidad de Pittsburgh.

\* **MARÍA TERESA GRAMUGLIO**. Profesora en Letras graduada en la Universidad Nacional de Rosario. Investigadora asociada en el Consejo de Investigaciones (CIUNR) y Profesora titular en la Facultad de Humanidades y Artes de la misma universidad, donde enseña Literatura europea moderna. Profesora consulta en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, donde enseñó Literatura europea del siglo XIX. Integra direcciones académicas de posgrado en ambas universidades. Ha publicado trabajos sobre temas y autores de literatura argentina —imágenes de escritor, literatura y nacionalismo, la revista *Sur*; Leopoldo Lugones, Manuel Gálvez, Juan L. Ortiz, Juan José Saer, entre otros. Dirigió el volumen *El imperio realista*, tomo 6 de la *Historia crítica de la literatura argentina* de Noé Jitrik. Integró el Consejo de Dirección de la revista *Punto de Vista* desde su fundación hasta 2004.